

BIOGRAFÍAS

P. Fr. Leonardo Cortés

P. Fr. Pío Sarobe

P. Fr. Juan de Zulaica

POR EL

P. FR. BERNARDINO IZAGUIRRE

DE LA ORDEN DE LOS MENORES



con las debidas licencias



LUIS GILI, EDITOR

Libreria Católica Internacional

Clarís, 82.—BARCELONA

1915

M. 4438
F 156

ARL
144

EL P. PÍO SAROBE

EL HOMBRE DE UNA IDEA

I. LO QUE PUEDE UN HOMBRE DEDICADO A UNA SOLA COSA

No se ignora lo que puede un hombre, aun en el orden natural, si consagra todas sus energías a una sola ocupación : a la pintura, a la música, a la arquitectura, a la botánica, a la química o a la metafísica. No hay lugar a duda de que hará progresos dignos de encomio en su noble tarea, y aun cabe asegurar que llegará a merecer la admiración general.

Ni es menester para ello que este hombre sea genial, talento privilegiado, cuyos primeros pasos rayan en lo portentoso. No ; en nuestro caso bastan las aptitudes que alejen de la ignavia y de la ineptitud ; basta la preparación técnica, fruto del estudio concienzudo ; basta

un espíritu bien equilibrado y un criterio suficientemente orientado.

II. LO QUE PUEDE UN HOMBRE DEDICADO A LA VIRTUD

Este principio del orden natural tiene aplicación ventajosa en el orden sobrenatural, contando con el socorro del Autor de la gracia. Pues, por una parte, todos estamos llamados a ser virtuosos y santos, y, por otra, es de fe que apenas busca uno a Dios, con simplicidad de corazón, le halla asequible, bueno, propicio y amoroso. Así lo atestiguan las Divinas Letras: «Le libraré, porque esperó en Mí; le protegeré, porque conoció mi nombre. Clamará a Mí y Yo le oiré; con él estoy en la tribulación; le libraré y le glorificaré.» (Ps. XC.) «Dichosos los que esperan al Señor; apenas oyere el eco de tu llamada, te atenderá.» (Isai., XXX.)

Y no sólo que Dios nos atenderá si le invocamos, sino que quiere y manda que acudamos a Él, que deseemos cosas grandes y de mucha nobleza, como ser semejantes a Él, que es nuestro Padre Celestial, imitándole y copiando en nosotros, en la medida de lo posible, sus condiciones y cualidades: «Sed, pues, perfectos, como lo es vuestro Padre Celestial.»

(Matth., V.) «Sed, pues, imitadores de Dios como hijos carísimos.» (Ephes.)

¿Qué progresos haría, pues, un alma, contando con tanta benevolencia y beneficencia divina, si se consagrara de veras a la virtud; si buscara la virtud a todo trance, la virtud sobre todo y a pesar de todo; si a la virtud sacrificara todo lo demás; si por la virtud renunciara a todo lo demás; si pretendiera la virtud sólida, heroica? ¿Qué no haría esta alma y qué no alcanzaría? ¿Qué ejemplos no ofrecería a los que la viesan y observasen de cerca? ¿Qué méritos no alcanzaría ante Dios?

III. LO QUE FUÉ EL P. PÍO

Pues un hombre así fué el P. Pío. Un hombre así tuvieron a la vista el convento y el pueblo de Santa Rosa de Ocopa y las ciudades de Tarma, Jauja, Huancayo y Ayacucho. Un hombre consagrado en cuerpo y alma a la virtud. Un hombre resuelto a superar todos los obstáculos del mundo para conseguir la virtud, sacrificándolo todo a la virtud, renunciando todo lo demás por conseguir la virtud, entablando el logro de la virtud como única empresa de su vida.

Y ¿qué no hizo por conseguir la sólida virtud? ¿Cuántos sacrificios no se impuso?

¿Cuánto le costó el logro de la santa humildad y de la mortificación? ¿Cuánto no mortificó su paladar con el ajenjo y la ceniza? ¿Cuántas veces no llegaron sus humillaciones hasta lo increíble? Mas, en el grado en que se venció, así también logró envidiables victorias en el campo de las virtudes; así también edificó a propios y extraños: a sus hermanos en el convento y a los fieles en los pueblos y ciudades.

Era el retrato vivo de la virtud religiosa y sacerdotal, el retrato de la penitencia y mortificación, de la modestia y recogimiento, de la oración y devoción, de la humildad y mansedumbre, de la caridad y benignidad.

Sólo por estas virtudes llegó a ser objeto de la admiración de cuantos le trataron, conocieron o vieron: no tuvo otro principio de celebridad.

IV. NO TUVO OTRAS PRENDAS NOTABLES

El P. Pío Sarobe no llegó a ser un sabio en el sentido amplio de la palabra, sin que por eso digamos que le faltase la ciencia sacerdotal y los conocimientos oportunos para las funciones del sagrado ministerio.

Tampoco descollaba notoriamente por su prudencia. Quizá no tuvo más prudencia que

el instinto de la gracia, la moderación, hija de la humildad y de las luces sobrenaturales con que era iluminado en la oración y en la comunicación íntima con Dios.

Tampoco quiso Dios que fuese orador: se lo impedía un defecto notable, esto es, la pronunciación confusa, por efecto, tal vez, puramente nervioso, por el cual se veía con la lengua amarrada y los labios ingobernables.

Con semejante defecto, casi no se le entendía lo que predicaba. Con todo eso, era buen predicador de la cuaresma: en atención a su grande virtud y admirable santidad, se le perdonaba todo lo demás, se le aceptaba la humildad con que subía al púlpito, para hacer un papel que no tenía más lucimiento que la sana intención de agradar a Dios.

V. SUS ESCRITOS

El P. Pío ha dejado escritos varios cuadernitos. Todos ellos se refieren a su alma: son la historia de sus interioridades, desde el año de 1879 hasta su muerte en 1910, habiendo consignado cada mes, o con más frecuencia, cuanto sucedía a su alma en orden a conseguir su santificación.

Nuestro religioso vivió casi en continua soledad, sin más ocupación que algunas horas

de ministerio sacerdotal en el confesonario y alguna hora diaria de estudio en la moral: el resto lo empleaba en el conocimiento del estado interior. Frente a frente de su alma y con la viva consideración de las verdades eternas que nunca olvidaba, reducía al crisol del examen todas las operaciones de su espíritu.

Viéndose defectuoso, se ofrecía al trabajo de la enmienda, cueste lo que costare.

Esto lo empeñaba en una lucha gigantesca, de la cual no eran testigos sino Dios, los ángeles y él mismo. Esta labor interior e invisible a los ojos humanos es lo que consigna en sus cuadernos.

Los escribía generalmente en el día de *retiro*, que era mensual; en los días de *triduo*, que eran algunos al año, y en los *ejercicios* de ocho días, que eran anuales.

Se hallan desordenados y desaliñados, como que el P. Pío no sospechaba que los hubiese de manejar mano de hombre, si no era él y su confesor. A todos ellos es preciso suministrar enlace lógico, engarzando las frases originales en forma adecuada para la lectura y para la apreciación.

VI. SUS VIRTUDES

En el P. Pío todas las virtudes cristianas, religiosas y sacerdotales brillaban a porfía.

Su humildad profunda ocupaba tal vez el lugar preferente en su corazón. De sus propósitos se colige la solicitud con que buscaba esta margarita evangélica, derribándose continuamente en espíritu a los pies de todos y teniéndose por causa y ocasión de todo mal y de ningún bien.

Su mansedumbre fué inalterable, aun en ocasiones difíciles, como son aquellas en que uno es súbitamente reprendido. Ocasión hubo en que sobre el P. Pío cayó una lluvia de invectivas amargas, sin razón ni motivo, y el buen religioso no por eso dejó su amable sonrisa, ni sufrió alteración alguna la serena paz de su alma.

Su obediencia era la de un niño, dócil y sin réplica. Obediencia alegre, con el contento del que corre gustoso a hacer la voluntad de Dios, manifestada por la autoridad legítima.

En la castidad y en el candor era el P. Pío cual armiño que huye, por instinto, por hábito y por resolución, de toda mancha que pueda empañar la pureza del alma y la inviolabilidad del cuerpo. Bien recordaba que nuestra alma está llamada a celebrar sus desposorios con el Autor de la Santidad, y que nuestro cuerpo debe ser templo de la beatísima Trinidad.

Su mortificación llegó a ser heroica, así la corporal y exterior, como la interior y espiritual. En los primeros años de su vida reli-

giosa dióse con gran resolución a la abstinencia, a los ayunos, a las vigiliass, a los cilicios, a las disciplinas, a las hierbas amargas, a la modestia de los ojos, a la medida en las palabras, al vencimiento del amor propio, a la negación completa de sí mismo. En los últimos años, por razón de las enfermedades habituales que contrajo y por disposición de su Director, hubo de mitigar bastante los rigores de la penitencia corporal.

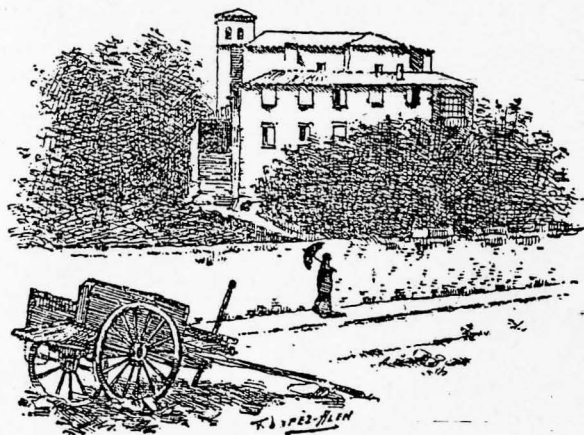
Su pobreza fué en un todo evangélica y franciscana. En la celda no tenía más libros que la moral, más muebles que una mesa, una silla y una cama.

Su oración resultaba continua, particularmente en sus últimos años. Oraba en el coro, en donde pasaba muchas horas; oraba en la celda, donde repetía inflamadas jaculatorias; oraba comiendo; oraba al atravesar los corredores del convento o al caminar por las vías públicas en los viajes.

VII. DATOS DE SU VIDA

El P. Pío Sarobe nació en España, en la provincia de Guipúzcoa, en el pueblo de Astigarraga, a 5 de mayo de 1855, siendo sus virtuosos y óptimos padres José María Sarobe y María T. Otaño. La madre murió a los vein-

tiún días de haber nacido el niño Pío, y el padre, a los once meses corridos desde la misma fecha. Quedaron huérfanos, en poder de sus abuelos, él y su hermano mayor Norberto, que contaba dos años.



ASTIGARRAGA.—Parroquia y palacio Murguía

Desde su tierna edad descubrió Pío cierto fulgor de santidad. A la sazón se usaba mucho en los colegios la palmeta; pero no llegó a tocar a Pío, hacia quien sentían respeto y veneración colegiales y profesores.

Varios compañeros suyos de la juventud refieren ingenuamente lo que sigue: «Recordamos muy bien que nunca le llamábamos por

su propio nombre, sino *santuba*, el santo. Era de carácter muy dulce, pero jamás transigía con el más pequeño desmán. Nuestras pequeñas trampas las teníamos que hacer a sus espaldas. En su presencia no había que hablar ni siquiera de nuestras *hazañas*, que se reducían a robar algunas *cérezas*, manzanas o peras. Todos recordamos también que se desviaba con suma habilidad de toda reunión bulliciosa.

»Nos hablaba muy a menudo de las vidas de los santos y nos refería sus acciones heroicas. El libro que parecía ser de su mayor agrado y que mayores elogios le merecía, era el de los Ejercicios de San Ignacio. Se valía de mil industrias para reunirnos, con el fin de que le oyésemos mientras él leía en el libro.

»Lo que con más viveza y claridad recordamos es su continente humilde, sumamente agradable y angelical, su paciencia en las injurias y su amor a los buenos libros, pues siempre llevaba alguno consigo.»

Algunas monjas agustinas de Astigarraga le recuerdan y dicen que era un joven excepcionalmente distinguido por su virtud, de físico muy simpático, de modales delicados y de aspecto devoto. Mientras ayudaba la Misa nunca le vieron levantar del suelo la vista.

Las tías en su casa le tenían destinado para que dirigiese los rezos de familia.

Cuando joven le envolvió la guerra carlista, militando en sus filas por algún tiempo; pero en nada enfriaron los azares de la campaña el fervor cristiano de Pío: aun entonces rezaba el rosario con sus compañeros, y daba ejemplos de piedad y moderación.

En Hernani ha muerto, después del P. Pío, el presbítero Juan Goicochea, a los ochenta años de edad. Antes de morir le llevaron la noticia de que el P. Pío había muerto en América con fama de santidad. Él agregó: «Ya era santo antes de ir a América, y estoy seguro de que no ha cometido falta grave.»

Terminada la guerra carlista pasó a Francia y de allí emprendió el viaje a América. Vistió el hábito franciscano en el convento de Ocopa el 30 de junio de 1876.

Fué elevado a la dignidad sacerdotal en los Descalzos de Lima el 22 de septiembre de 1883. Fué guardián de Ocopa en dos trienios y maestro de novicios del mismo convento durante muchos años. Acaeció su muerte en la cuaresma de 1910. Una habitación antihigiénica y húmeda de la parroquia de San Jerónimo, donde predicaba la cuaresma, fué la ocasión de una pulmonía, cuyo desarrollo no se pudo contener, y más faltando en el lugar la asistencia médica.

El P. Pío cayó en la cama dulce y tranquilamente, como quien se reclina en el regazo

de una madre, que lo es, a no dudarlo, la Divina Providencia. Aceptó los remedios que le propusieron para sanar, pero sin afanarse por la salud. Cuando le trasladaron a Huancayo, donde era cómoda la asistencia facultativa, ya era tarde. A las nueve de la noche del día 7 de marzo tuve la suerte de verlo en Huancayo, gozoso de presenciar los últimos momentos de un varón justo y santo; a las diez estaba instalado convenientemente; mas a las dos de la madrugada del día 8 ya su alma había volado al Señor, sin exhalar una queja, sin angustia ni fatiga.

Durante aquella enfermedad que le arrebató de entre nosotros, tuve ocasión de preguntarle si se hallaba tranquilo y animado de confianza. La respuesta fué: *Es cosa que hace temer, presentarse ante un Dios tan recto y tan santo, una criatura tan débil y tan pecadora como es el hombre.*

Añadiéndole yo que tenía motivo para confiar en la Preciosa Sangre de Jesús y en la intercesión de María Santísima: «Ciertamente, añadió, así es.»

El año anterior a su muerte, 26 de julio de 1909, escribía a su hermano el presbítero Norberto: «A mi ver, este pobre cuerpo se va ya acercando a su destino, mientras el alma se halla todavía no bien preparada para presentarse ante el divino Juez, pudiendo decir

con toda verdad lo que el glorioso San Bernardo solía decir por su humildad : *De vivir me avergüenzo, porque no me aprovecho; y el morir temo, porque no estoy preparado.* Y esto no porque Dios Nuestro Señor haya sido escaso conmigo, pues me ha dado el tiempo abundante para que me hubiese santificado, si no hubiera desperdiciado el tiempo y los años que cuento, cincuenta y cuatro cumplidos y treinta y tres de Religión, cuyo recuerdo me avergüenza ; ¡ojalá me sirva de escarmiento para esta última época que me resta de vida !»

VIII. LO QUE PASÓ DESPUÉS DE SU MUERTE

Sabida, el día 8 en la madrugada, la noticia del fallecimiento del P. Pío, la ciudad se conmovió, como no había acontecido en ninguna otra ocasión. La conmoción fué general : se notaba la impresión del ánimo, así en la gente piadosa como en las personas menos afectas a la piedad. Revistió la conmoción todos aquellos caracteres de que hacen mención las narraciones históricas al referir la muerte de los grandes santos. El pueblo piadoso no se pudo contener, y acudía en tropel a contemplar el cadáver, agradable a la vista y de color de alabastro. Besaban sus pies, le tocaban rosa-



P. PÍO SAROBE

rios, medallas y otros objetos de piedad, e invocaban su nombre y valimiento con confianza.

La conmoción de Huancayo pasó a la población de San Jerónimo, cuando fué llevado el cadáver en fúnebre procesión a su iglesia parroquial, y veía la muchedumbre en un féretro al que días antes contemplaban en el púlpito anunciando la palabra de Dios.

La ceremonia tuvo término en el convento de Ocopa, a donde se trasladó el cuerpo; donde el Ilmo. P. Santiago Irala celebró de Pontifical sus exequias; donde el Padre agustino Carlos Bosquet, párroco de San Jerónimo, pronunció su oración fúnebre; donde el cuerpo fué sepultado en la cripta de su hermoso templo.

PROPÓSITOS DEL P. FR. PÍO SAROBE

*Propósitos originales del P. Pío Sarobe,
encadenados con orden para su más clara
inteligencia*

I. Propósitos reglamentarios

REGLAMENTO DE VIDA QUE EN LOS SANTOS EJERCICIOS ESPIRITUALES DEL AÑO 1879 (1) ME PROPUSE OBSERVAR EXACTAMENTE SIN OBLIGACIÓN, EMPERO, A CULPA ALGUNA.

Cada año

1.º Haré, por el espacio de ocho días, los santos Ejercicios Espirituales con toda exactitud, y en ellos la confesión extraordinaria desde la última.

2.º Me prepararé con una novena, quinario o triduo, a las principales fiestas del Señor, de la Virgen y de los Santos Abogados.

3.º Ayunaré toda la Cuaresma llamada *Benedicta* en la Orden.

(1) Al año siguiente de su profesión religiosa y en la flor de su juventud.

4.º En las novenas pondré más cuidado en hacer las obras ordinarias, en guardar mis propósitos y practicar alguna mortificación.

Cada mes o con frecuencia

1.º Haré el retiro (cada mes) con toda exactitud, y en la confesión inmediata me acusaré de las faltas más principales del mes pasado. En dicho día leeré con atención este reglamento.

2.º Me confesaré dos veces a la semana, en día determinado, con mi propio director, a quien descubriré todo mi interior, y procuraré hacerlo todo con su bendición y aprobación.

3.º Haré disciplina en los días que se dispense la de comunidad.

4.º Meditaré, siquiera cada mes, la muerte, pero prácticamente.

5.º Haré disciplina cada sábado en honor de la Madre de Dios.

6.º Ayunaré cada miércoles en honor de San José, y cada sábado en honor de la Virgen María. También el Rosario viviente y la visita será cada mes.

7.º Haré examen cada sábado en honor de la Madre de Dios, averiguando cómo voy respecto de la devoción que le debo profesar.

8.º Leeré u oiré leer en los sábados sobre la Virgen María.

9.º Rezaré en los sábados el Oficio de su dulcísimo nombre, y no pudiendo, lo supliré.

10.º Rezaré cada miércoles el Oficio del nombre de San José, y no pudiendo, lo supliré.

11.º Rezaré cada jueves el Oficio del dulcísimo nombre de Jesús.

Cada día

1.º Ordinariamente no estaré en la cama más de seis horas, levantándome para consagrar a Dios las primicias del día.

2.º Todas las mañanas haré los Actos Cristianos, y lo mismo en la noche.

3.º Haré un cuarto de hora o media hora de lectura espiritual al día.

4.º Al medio día y a la noche haré el examen de conciencia, empleando el tiempo conveniente en el dolor.

5.º Rezaré cada noche, con toda devoción, la corona de María Santísima.

6.º Visitaré, por lo menos una vez cada día, a Jesús Sacramentado y a María Santísima.

7.º Al dar las horas rezaré un Avemaría y haré la comunión espiritual.

8.º Acompañaré a Jesús Sacramentado, haciendo alguna visita cuantas veces pueda convenientemente, y asistiré a su presencia todo el tiempo que me sea posible, para suplir siquiera en algo la desatención de tantos para con este Divino Sacramento.

9.º Haré, mediante Dios Nuestro Señor, con la mayor perfección posible, las obras principales del día, la santa oración, oír la santa Misa y el Oficio divino.

MÉTODO DE VIDA ELEGIDO EN LOS SANTOS
EJERCICIOS DEL AÑO 1896 A 12 DE FEBRERO (1)

Fruto.—Amar a mi amabilísimo Jesús con-

(1) En esta fecha descubre el P. Pío un amor más acendrado a la perfección religiosa en grado heroico.

tinuamente y despreciarme por su amor con renuncia de todo.

Los medios:

1.º *La oración continua*, a fin de amarlo con amor actual, y así, convertiré en oración todos mis pensamientos, palabras, obras y trabajos, buscando en todo a Jesús y su santo amor; a saber:

Por la mañana consagrándoselo todo en los Actos Cristianos, como también en la oración.

En cada comunión espiritual lo mismo, y, por fin, en cada jaculatoria, repitiendo ésta cada minuto si fuera posible, aun cada respiración, y por deseo cada instante, día y noche.

2.º *La mortificación continua*, mortificándome en los pensamientos, palabras y obras, con la mortificación y privación de todo lo que no se dirige a conocer y amar a mi dulcísimo Jesús; y esto, de día y de noche, mañana y tarde, cada hora, cada minuto y cada respiración e instante. Ofreciéndole todo, como queda dicho, de la oración. Y así mortificaré: a) Los *pensamientos*, estando a los pies de todos, y juzgándome indigno de todo bien y digno de todo mal y por causa de todas las desgracias.

b) La *lengua*, hablando poco, con premeditación, con provecho, sumisamente y bien de todos, menos de mí mismo, que soy gran pecador.

c) En cuanto a los *ojos*, guardaré gran recato, no fijándome en los rostros de otros, y teniéndolos bajos como indigno de levantarlos.

d) Los *oídos* guardaré, desentendiéndome de todo lo que no tiene relación con mi Jesús.

e) Me industriaré a buscar *en todo*, aunque sea en *cosas pequeñas*, cómo mortificarme, según propuse en los Ejercicios del 91, dirigiéndolo

todo al adorno del templo de mi amabilísimo Jesús, como debe ser mi cuerpo, y de un modo especial a purificar mi alma, que ha de ser su esposa, aunque no merece ser ni su esclava.

f) No apegaré *mi corazón* a ninguna cosa criada, ni me dejaré llevar de las pasiones, de tristeza, de gozo, de impaciencia, de inquietud en las ocupaciones, etc., diciendo: ¿qué comparación tiene esto con mi único bien Jesús?

g) Pero de un modo singular venceré la repugnancia a los *desprecios*, pues ellos son la medicina para mi gran soberbia, y son como la médula de la cruz de Jesucristo; ellos nos consiguen la santa humildad, cuya excelencia y necesidad he visto en estos santos días, pues un corazón humilde es imán que atrae a Dios Nuestro Señor; y al contrario, mientras haya en nosotros alguna reliquia de propia estimación, no puede haber estrecha unión con Dios. Ellos son la llave que abre el Corazón santísimo de Jesús, para enriquecernos de sus dones y gracias, uniéndonos íntimamente consigo; son el más grato sacrificio para Dios Nuestro Señor, porque es el más difícil para nosotros, por estar tan arraigado el amor propio y la propia estimación, que es el escollo donde se estrellan las almas, por otra parte sufridas y mortificadas. Con ellos imitamos a Jesucristo, quien desde la cuna hasta la cruz fué despreciado.

Según esto, el *amor propio* es un engañador que repugna todos los desprecios, que son la verdadera gloria, las persecuciones, la verdadera paz, la sujeción, la verdadera libertad; consiguiendo el verdadero camino de la santidad en la imitación de Jesucristo; su imitación en una mortificación universal y en el amor a las adversidades.

Mas, como todas estas razones no bastan para cumplir lo dicho (testigo es la experiencia), pediré continuamente los divinos auxilios con las jaculatorias: «Jesús mío, misericordia», a fin de amarle y despreciarme por su amor, y «María, Madre mía, misericordia», a fin de conseguir el don de la santa oración y mortificación continua.

Y aquí se debe advertir que el amor no consiste en solas palabras, sino en obras y sufrimientos por el amado. En donde no hay obra y sufrimientos por el amado, no hay amor. El amor tiene pensamientos continuos, afectos encendidos, palabras verdaderas, obras grandes, sufrimientos heroicos y sacrificios perennes. En suma, mis súplicas han de tener por objeto conseguir el amor verdadero, abrasado, a mi amabilísimo Jesús.

II. Propósitos sobre las virtudes (I)

Sobre el fervor

Evitaré con cuidado toda falta advertida, por leve que sea.

Haré las cosas de devoción con el mismo espíritu y cuidado que las de obligación.

Tendré gran cuidado en no dejar cosa alguna de las que tengo propuestas, por pereza, respeto humano, sequedades, vergüenza, etc. En esto estaré atento en tiempo de enfermedad. Mas, cuando realmente no lo pueda, lo supliré con otra más breve, verbigracia, algún acto de amor.

(I) Hechos en diversos tiempos y ocasiones.

Repetiré con frecuencia: «Por Vos, Jesús mío, hago esto.»

Procuraré sacar provecho de las lecturas, pláticas, etc., escuchándolas con fe, como palabra de Dios.

Apuntaré las luces e impresiones especiales.

Me ocuparé en las cosas físicas y demás obras exteriores, de modo que no entibien el espíritu de la santa oración.

Tendré por modelo en obrar a mi amado Jesús, esforzándome en imitarle.

Leeré las rúbricas después de los santos Ejercicios de cada año.

Otro día vi, Dios mediante, que me hace mucho daño distraerme, aunque sea en el recreo.

Sobre la fe y confianza

Conviene ser constante en la fe y confianza en Dios Nuestro Señor, aunque me parezca suceder lo contrario de lo que pido; como las hermanas de Lázaro, que dijeron al Señor que aquel a quien amaba estaba enfermo, y les respondió que aquella enfermedad no era de muerte, y, no obstante, murió; pero su muerte sirvió para que fuese Dios glorificado con su resurrección.

Asimismo probó a Abrahán, mandándole sacrificar a su hijo Isaac, en quien había de tener la descendencia prometida; él esperó contra la misma esperanza, como dice San Pablo, y así debo decir con el santo Job: «Aunque me mates, en Ti, Señor, esperaré.»

Sobre la caridad con el prójimo

Me abstendré de toda murmuración, y de oírlas, persuadido de que tocando al prójimo se toca a Dios en la niña de sus ojos.

Tendré cuidado de no reñir ni altercar con mis hermanos, ni decir palabras resentidas, satíricas o de poco respeto, y trataré a todos con amor, evitando, empero, toda amistad particular.

Por las faltas de caridad haré una o más cruces con la lengua en el suelo.

Haré también lo posible para que reine entre nosotros la santa caridad, haciendo con todos las veces de Angel de paz.

Sobre el amor de Dios

En las ocupaciones exteriores, hacer continuos actos de amor de Dios; en las mentales, ponerme en las llagas preciosísimas de Jesucristo.

Lo haré u obraré todo por puro amor de Dios, con todo desasimiento.

En cualquier interrupción del trabajo, aprovecharme para hacer actos de amor.

Sobre la presencia de Dios

Cada cuarto de hora, por lo menos, renovaré la presencia de Dios con alguna jaculatoria.

En el recreo hablaré de Dios, pudiéndolo.

Andaré con la gracia de Dios siempre en su presencia, mortificando los ojos y la lengua.

Todo momento en el que no nos acordamos de Dios Nuestro Señor hemos de tenerlo por perdido.

Así, aunque comamos, estudiemos, hablemos, etc., y parezca a los hombres que hacemos eso nada más, hemos de estar ocupados con Dios, como San Rafael, que, aunque parecía comer, etcétera, su comida era la visión de Dios.

Sobre la oración

Procuraré que las confesiones que oigo sean juntamente otros tantos ratos de oración, rogando ya por mí, ya por el que estoy confesando.

Muchísimos santos se han retirado a la soledad perpetua, para darse allí a una perpetua oración y mortificación; y esto debo hacer yo, entregándome a la soledad de mi corazón y a la mortificación de mis sentidos, pues tanto le ha costado al dulcísimo Jesús mi alma como la de ellos.

El orar sea más frecuente que el mismo respirar, para mantener y aumentar la vida espiritual.

Sobre el silencio

Tendré mucho aprecio del tiempo, y no lo desperdiciaré, acordándome del dicho de San Bernardino de Sena: «El tiempo vale tanto, cuanto vale Dios.»

Seré muy amante del silencio, para hablar mucho con Dios, para evitar faltas y practicar virtudes, como son la humildad, la mortificación, etc.

Hablaré bajo, como la Virgen María, que apenas se la oía, y así se podría decir de ella lo que se decía de Ana, madre de Samuel, que movía los labios, pero que no se le oía.

Seré riguroso observante del santo silencio en los lugares prohibidos por nuestras santas leyes, y en los tiempos y lugares permitidos hablaré poco, con voz sumisa y con premeditación, en la presencia de Dios, y de cosas espirituales o útiles.

Preferiré hablar con Dios Nuestro Señor, y no con los hombres, para conservar el fervor de la santa oración y de la santa Misa.

Sobre la obediencia

Obedeceré siempre a mis superiores con fe viva, mirando sus disposiciones como ordenadas del mismo Dios, que dice: «*Qui vos audit, Me audit*. El que a vosotros oye a Mí me oye.» Con el mismo espíritu obedeceré en las cosas pequeñas como en las grandes.

No faltaré a ningún acto de comunidad, sin verdadera necesidad y licencia. A dichos actos acudiré con prontitud.

Si Jesús me obedece a mí en el Santísimo Sacramento, ¿yo no le obedeceré a Él?

En la santa obediencia oíré la voz de Dios Nuestro Señor, renovando la fe en los superiores.

Sobre la pobreza

A fin de merecer la bendición de Dios y de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, amaré de corazón la santa pobreza como la joya principal de nuestra santa religión.

No usaré cuadros con vidrio, ni tendré para mi uso cosa alguna superflua, ni curiosa o preciosa.

No pediré ropa nueva hasta que esté bien usada la que llevo.

No daré ni recibiré nunca nada sin licencia.

No me quejaré de ninguna incomodidad o privación que trae la santa pobreza, porque, según los santos, *no es pobre quien no quiere experimentar los efectos de la pobreza*.

Como la santa pobreza es un tesoro indudablemente más precioso que todos los bienes de este mundo, la amaré y la practicaré eligiendo lo peor para mi uso.

Sobre la castidad

Apartaré prontamente todo pensamiento contra la angelical virtud de la castidad, invocando de corazón los santísimos nombres de Jesús y María. Todo lo que me suceda en este punto delicado lo manifestaré a mi Padre confesor.

En cuanto a las mujeres, tendré siempre presente lo que dicen los santos: «*Sola fuga est remedium*. Nunca las miraré fijamente.»

Jamás permitiré que nadie me toque, ni tocaré a animalitos, ni a niños, ni a mí mismo, en cuanto sea posible.

Si oigo palabra poco decente, no me reiré, antes mostraré disgusto.

San Alfonso María de Ligorio temía más a la sombra de una mujer que a los demonios.

Sobre la mortificación y paciencia

Sobre todo practicaré la mortificación interior, del genio, curiosidad, disputas, dichos agudos, burlas, novedades.

Mortificaré la vista, procurando tener los ojos bajos y no fijarlos en el rostro de nadie.

No haré jamás cosa alguna por costumbre, genio, capricho, ni por respeto humano, sino todo con recta intención, renovándola al principio y en el discurso de cada obra notable.

No me fijaré en los objetos externos más de lo necesario, a fin de no distraerme de mi tesoro, Jesús.

Lo que me ha de aprovechar ha de ser la cruz y no los gustos; de consiguiente, buscarla en todo.

Me industriaré en el modo de mortificarme en todo, así como los mundanos buscan en todo comodidades:

En la celda.—Guardando modestia de todo el cuerpo, ocupando bien el tiempo, pero sin dejarme llevar de las ocupaciones, antes bien aprovechándome de ellas mismas para la oración.

En la iglesia.—Observando gran compostura en todos los sentidos, recogimiento en las potencias, sin arrimarme, ni postrarme, excepto algún caso.

En el confesonario.—Tendré los ojos modestos, lo mismo que todo el cuerpo; la lengua mortificada, hablando lo puramente necesario o conveniente, con caridad y paciencia, y procurando que cada confesión sea un rato de oración.

En la mesa.—Comiendo con absoluto desasimiento, no más que lo necesario y suficiente, y esto con cierta pena; escogiendo lo peor, dejando bocaditos, y en continua oración.

En la recreación.—Hablando poco, con premeditación, en la presencia de Dios, con voz sumisa de cosas espirituales o útiles. Lo mismo en las salidas fuera del convento.

En corredores y oficinas.—La vista en el suelo, la lengua mortificada, el paso y todo el cuerpo con gravedad y oración continua.

En la cama.—Acostarme con recta intención y con una santa pena, no excederme en el tiempo señalado y continua oración.

Estas mortificaciones acostumbradas deben hacerse con constancia, pero no con pertinacia, sin quererlas dejar o interrumpir cuando lo exijan la caridad, obediencia o urbanidad.

Sobre la modestia

En todo lugar, aun estando solo, guardaré gran modestia y compostura de todo el cuerpo, considerando que siempre estoy delante de la infinita majestad de Dios. Tendré las manos en las mangas y no las menearé cuando esté hablando:

Sobre la humildad

De cualquier trabajo exterior o interior, y aun de las mismas faltas que cometa por fragilidad, sacaré provecho, en especial la humildad.

Dios mediante, sacaré fruto de todo: de lo perfecto que el Señor me concede, para alabarle; de lo imperfecto que en mí experimento, para humillarme.

Me juzgaré por el más indigno de todos, como lo soy en efecto.

Tendré gran ojeriza a las estimaciones de este mundo engañoso.

Propongo conseguir la santa humildad, Dios mediante, pues su falta me quita la paz del corazón y me tiene tan débil en las virtudes.

Cuanto mayor sea el estado a que nos ha

sublimado Dios, tanto mayor ha de ser nuestra humildad.

Propongo, respecto de mis defectos, y en especial de la mala pronunciación, hacer lo que pueda para la enmienda, ya rogando a Dios Nuestro Señor, ya pronunciando palabra por palabra, según la indicación de mi confesor. Si Dios me humilla, me humillaré más, pero siempre lleno de confianza, y no me impacientaré, ni me acobardaré.

Confesaré, instruiré, etc., con más gusto a los pobres que a los ricos.

Ya que me han de pisar de aquí a poco en el sepulcro, me dejaré pisar desde ahora.

Me esforzaré a seguir a Jesucristo, manso y humilde de corazón, pues, según San Agustín, *más agrada a Dios la humildad en las malas obras, que la soberbia en las buenas.*

Me consideraré como un jumento: *Ut jumentum factus num apud te*, sirviendo a Dios con toda humildad, y, por su amor, a toda humana criatura.

Asimismo como un jumento, contentándome con lo necesario para vivir, y esto si me dan, y alegrándome cuando me faltare. Lo necesario lo tomaré para poder llevar la carga.

Asimismo, como un jumento a quien le ponen cualquiera carga y le lleva el arriero del freno a dondequiera, me dejaré llevar de mis superiores.

Me esforzaré, Dios mediante, para conseguir el tercer grado de humildad, amando las cruces por Jesucristo, lo que conseguiré: *«Amando Jesum et conteniendo meipsum.* Amando a Jesús y despreciándome a mí»; y por medio de la oración, meditando los motivos que tengo de amarle.

Sobre el celo

Mediante Dios Nuestro Señor me habilitaré para predicar, confesar, etc., a fin de ganar almas a Jesucristo, mostrando en esto el amor que le profeso.

Apropiaré primero para mí las verdades que quiero predicar, por medio de la santa consideración, y me penetraré lo mejor posible de ellas, para que mis palabras salgan del corazón vivamente penetrado de las mismas. Después uniré mi corazón a los Sagrados Corazones de Jesús y de María para que mis palabras salgan encendidas y abrasen los corazones de los oyentes. A este fin me prepararé algunos días antes, dirigiendo a esto todas las obras buenas que haga.

Método para emplear con fruto los días de retiro, los triduos o ejercicios espirituales, entresacados de un manuscrito original del Padre Pío Sarobe (1).

RETIROS DE 1911

I

1.º Me propuse por fruto conseguir el don de la santa oración y mortificación continua.

2.º Estar unido con Dios Nuestro Señor con la mayor continuación posible, por medio de las llagas preciosísimas del Señor, y actos frecuentes de amor, etc. Y tener paciencia y humildad

(1) Sólo se hace mención de algunos retiros.

cuando no puedo estar con la continuación y perfección que quisiera. Así como es menester sufrir con paciencia y humildad el tener que estar como olvidado de Dios horas enteras durmiendo. Pero siempre insistiré cuanto pueda, Dios mediante, por alcanzar mayor y más perfecta unión.

3.º Mortificarme en todos los sentidos corporales, y esto frecuente o continuamente.

4.º Ya que no puedo destruir esta mala carne, pues Dios no lo quiere, siquiera la castigaré y mortificaré cuanto me permita el mismo Señor.

5.º Bien poca impresión deben hacer las humillaciones, de cualquier clase que sean, a uno que como yo debía estar condenado en los infiernos, más años que hojas hay en los árboles y estrellas en el firmamento.

II

Primera meditación.—Del conocimiento propio

Luces.—1.º Dios Nuestro Señor es tan bondadoso, que ni aun por nuestras faltas quiere que nos inquietemos y nos perturbemos, sino que con humildad y confianza acudamos a Él.

2.º Aun respecto de la misma perfección, aunque desea que tengamos grandes deseos de conseguirla, no quiere, sin embargo, que sean congojosos, y con demasiada ansiedad, sino que, haciendo lo que está de nuestra parte, sigamos en paz nuestra carrera, confiando en su paternal providencia.

3.º Mas el demonio lo hace todo al contra-

rio; porque en las faltas, aunque sean de flaqueza, procura inquietarnos y desalentarnos. En cuanto a la perfección, sugiere deseos inquietos y congojosos, como si en un momento hubiésemos de conseguirla, para después hacernos desmayar, como que todo lo quiere llevar a sangre y fuego.

Fruto.—1.º Cuanto más falte, más me humillaré y confiaré en el Señor.

2.º Procuraré tener grandes deseos de mi perfección, y esto por amar más a Dios principalmente; mas en su consecución y en los medios de adquirirla, me dejaré con toda resignación en las manos de Dios, mi buen Padre.

Segunda meditación.—De la preparación para la muerte

Luces.—Me parece que me haría temer entonces la falta de estudio, tanto para predicar, como para confesar.

Fruto.—Estudiar estas materias cuanto pueda.

Tercera meditación.—Del corto número de los que se salvan

Luces.—Que se debe amar el propio desprecio y abatimiento para conseguir la salvación.

Fruto.—Conseguir, «*contemnere meipsum*», despreciarme a mí», amando el propio abatimiento.

Fruto del día.—Despreciarme a mí mismo, sufriendo con alegría el defecto de la lengua.

RETIROS DE 1892

I

1.º Un entrañable amor a la santa obediencia, pues en ella se ejercitan: la fe, creyendo que el superior hace las veces de Jesucristo, mi Señor; la confianza, esperando que Dios cuidará de mí por este medio; la caridad, sacrificando mi voluntad por amor de Dios Nuestro Señor.

2.º La guarda del corazón, en guardar el entendimiento de vanos pensamientos y el corazón de afectos desordenados.

3.º Al día siguiente del retiro tuve una fuerte inspiración, en el coro, por la mañana, de amar los trabajos; sobre todo por imitar a Nuestro Señor Jesucristo, que desde su encarnación hasta su muerte de Cruz, éstos fueron su alimento; pues es una dicha para mí seguir a tal Maestro por el camino de la Cruz. Asimismo le manifesté mi amor para con Él, satisfago por mis culpas y guardo mi alma de la corrupción que engendran los gustos y deleites.

Al día segundo, después del retiro, antes de la Misa, sentí también una fuerte inspiración de seguir a Jesucristo por el camino de la santa Cruz.

II

1.º Me propuse conseguir, Dios mediante, *amare Jesum, et contemnere meipsum*, por medio de la oración y mortificación continuas.

2.º En la meditación conocí que cada edad y lugar tienen sus trabajos y tentaciones; por

consiguiente, en vez de apetecer otros tiempos, lugares y coyunturas, me esforzaré, Dios mediante, para sacar fruto en el estado en que actualmente me encuentro.

3.º Y pidiéndole a mi buen Jesús la gracia de ser todo suyo, me inspiró el conocimiento de mi indignidad, de modo que no sólo soy indigno de servir a este amabilísimo Señor, sino también al más mínimo de mis hermanos. Por tanto, trataré a todos como a mis mayores y les serviré con toda caridad, amabilidad, alegría y respeto, teniéndome por indigno, como lo soy, de servirles de jumento.

Otro día tuve una inspiración muy vehemente de ser muy modesto y ejemplar: 1.º, para adorar a la Majestad divina, presente en todo lugar; 2.º, por el bien de mi alma, pues ayuda mucho la modestia para cumplir exactamente los ejercicios y deberes religiosos; 3.º, por hacer todo el bien posible a mis amados prójimos, a fin de que todos alaben a mi Padre celestial.

Otro día conocí que he sido muy aficionado a la devoción sensible y consuelos espirituales. Tuve deseos vehementes de dedicarme a la salvación de las almas, pero con un espíritu de dulzura, creyendo que este santo ejercicio será una cadena de oro que me ha de estrechar con mi amado Jesús.

PENSAMIENTOS ASCÉTICOS Y MÍSTICOS

Algunos propios del P. Pío, otros escogidos por él en las obras de algunos santos y autores piadosos (1).

SOBRE LA ORACIÓN

Según la doctrina de Santo Tomás, la oración es la condición sin la cual no son concedidas las gracias necesarias a la obra santa de cooperar a la salvación de las almas. Por esto pretenden los autores espirituales que, para trabajar con fruto en la salvación de las almas, hay más necesidad de oración que de estudio.

San Alfonso María de Liguorio se queja de que los confesores no aconsejen a sus penitentes a que se demoren en dar gracias después de la Comunión, siquiera media hora.

* Un alma verdaderamente interior es más activa y útil para la Iglesia que cien que no lo son. Y ésa hace más en un día en favor de la Iglesia que las cien en muchos años, aunque tengan más dotes naturales.

(1) Recopilados en diversos tiempos y coyunturas.

Aquel religioso que hace buena oración es buen religioso. El que hace mejor oración, mejor religioso, y el que óptima oración, óptimo religioso; de modo que el religioso con la gracia de la oración tiene las demás gracias.

*

Conviene rumiar y digerir las inspiraciones del cielo, como lo hacía nuestro Padre San Francisco, que aun andando, cuando las sentía, se paraba hasta digerirlas.

*

Todo lo que es menos de hora y media o dos horas de oración, le parece corto a Fr. Luis de Granada, porque una media hora se pasa sosegando la imaginación. Aunque cuando se hace después de otras cosas espirituales se halla más dispuesta el alma, como la leña seca para prender.

*

* El hombre sin oración y sin ejercicios espirituales es como Sansón sin cabellos: luego pierde las fuerzas.

*

Conviene orar siempre. Hay tres clases de oraciones en las que es necesario se pase toda la vida cristiana alternativamente: 1.^a Oración de *palabra*, esto es, mental y vocal. 2.^a Oración de *obra*, esto es, hacer todas las obras por Dios y en Dios, y es muy buena oración. 3.^a Oración que consiste en que el alma esté con una continua *disposición habitual* de orar, volando con el pensamiento como con una inclinación secre-

ta a comunicar con Dios, toda vez que lo pueda hacer; como el avaro que siempre está dispuesto para aprovechar las ocasiones de ganar.

SOBRE EL FERVOR

★ Conviene hacer las cosas *hic et nunc*, en el acto, todo lo mejor posible, porque esperar otro tiempo es gravísimo engaño.

Las virtudes se pierden cesando en sus actos y se aumentan y arraigan con el ejercicio de ellas; verbigracia, la fe creyendo, la esperanza esperando, la caridad amando muchas veces, etc.

Cosa digna de admiración es, dice San Jerónimo, que todos los hombres hayan de procurar perfeccionarse en la ciencia o arte que profesan, y que en la verdadera ciencia de los santos un tan crecidísimo número se contenta sólo con los primeros conocimientos.

Perfectum non potest esse nisi singulare; lo perfecto no puede menos que ser singular, porque las reglas comunes tienen que acomodarse aun con los débiles.

★ Es preciso que no estés satisfecho de aquello que eres, a fin de que llegues a ser aquel perfecto que no eres al presente, porque donde te

pareció haber llegado al término, allí te has parado.

San Gregorio dice que aquel que es llamado a salvarse como santo, si no se santifica, tampoco se salvará.

Hablando un día con la Beata Angela de Fulgino, el Señor se expresó de este modo: «Aquellos que son por mí iluminados para caminar por el sendero de la perfección y entorpecen su alma, queriendo ellos caminar sólo por la vía ordinaria, de mí serán abandonados.»

La perfección esencial, según Santo Tomás, no es indivisible. Puede y debe dividirse en tres grados: 1.º, ínfimo, y esto se halla en cualquier pecador que se pone en gracia; 2.º, el supremo, y esto se halla en los bienaventurados, cuya caridad está en actual y continuo ejercicio de amor; 3.º, el grado medio, que consiste en que, removidos los impedimentos y adquiridas las debidas disposiciones, pueda la persona ejercitar con facilidad y con ardor los actos de la divina caridad, que es la perfección propia de esta nuestra vida a que debemos aspirar.

Por más glorioso tengo conservar los bienes recibidos de la mano de Dios que adquirirlos.

La ocasión, dicen, hace ladrones, pero también santos.

*

Si tanto se aprecia el cuerpo por ser nuestro, ¿por qué no nuestra alma?

*

El polvo en los pies no es de extrañar, pero en los ojos es insufrible.

*

En diez años hubiera salido buen oficial, y no he salido buen religioso.

*

No se puede llegar a la perfección mientras se tenga afecto a cualquiera imperfección, por pequeña que sea. Una culpa cometida con afecto es más contraria a la perfección, que ciento cometidas por inadvertencia, por sorpresa y sin apego alguno.

SOBRE LA CARIDAD CON EL PRÓJIMO

«El confesor ha de ser mártir de paciencia», dice San Leonardo; y el mismo santo añade: «Más se puede ganar en un día en oír confesiones debidamente, que en un año con las devociones.»

*

Lo que forma la carga del Pastor, según San Bernardo, no son las almas de los fuertes, porque éstos caminan por sí, sino las de los débiles y flacos.

SOBRE EL AMOR DE DIOS

¡Cuán dulces son los preceptos del Señor y aun el negarse a sí mismo por amarle a Él, dignísimo Señor y Padre, y al prójimo por su amor, porque esta caridad lo dulcifica todo, más que la miel!

*

Es gran locura pensar en cosas inútiles, pudiendo pensar en mi amado Jesús, porque ¿qué tiene que ver todo lo demás con Él?

*

«Todo el valor de un alma, dice San Bernardo, se aprecia a medida de la caridad, y no es el hombre otra cosa que lo que es según la caridad, y por eso el demonio procura substituir en nosotros el amor propio al amor de Dios.»

*

Las señales del amor de Dios son: 1.º, el romper los lazos que nos unen viciosamente a una criatura; 2.º, la generosa disposición de hacer y padecer mucho por el Amado; 3.º, la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios Nuestro Señor.

*

Dios sea bendito por todo, amén, acostumbraba decir San Juan Crisóstomo, y diciendo esto mismo expiró.

•

San Buenaventura llama a las llagas de Je-

sús, flechas que hieren los corazones más insensibles y que encienden las almas más heladas.

•

En un corazón que está consagrado a Jesucristo no debe reinar sino el mismo Jesucristo.

•

Nuestra existencia está sepultada en Cristo Jesús, y así Él solo nos debe bastar.

•

No es grande ni intenso el amor de Dios, cuando se tiene gozo y alegría en otras cosas criadas.

•

No hay que hacer las obras por sólo dar buen ejemplo, sino por amor de Dios Nuestro Señor.

•

Los actos de amor se deben hacer sin esfuerzo y sin buscar en ellos consuelo sensible, con suavidad y rectitud, y únicamente por agradar a Dios.

•

Santa Catalina de Sena cuenta en sus diálogos, que el Señor le dijo una vez: «Yo soy un Dios que merezco un amor infinito, y tú me puedes dar tan poco. Conviene, pues, que suplas con tus deseos lo que no puedes darme con tus obras.»

•

✓ Debemos estimar nuestros afectos, pues el

mínimo de ellos vale más que el oro de todo el mundo. Porque Dios Nuestro Señor quiere al hombre por el alma, al alma por la voluntad y a la voluntad por el amor; de consiguiente, por los afectos amorosos.

SOBRE LA PRESENCIA DE DIOS

Nuestro corazón es un cielo pequeño o abreviado, donde está el Señor como en un trono, donde dispensa las gracias, oye nuestras súplicas, así como el rey tiene un lugar especial donde tiene su trono y allí oye las súplicas de sus vasallos y hace liberalidades. Este camino es excelente, según Santa Teresa, para conseguir el don de la contemplación, porque allí el alma, sin necesidad de salir fuera, está ocupada en actos de petición, adoración y otros que el divino Espíritu inspira a cada uno.

•

El Señor dijo a Santa Teresa: «¡Oh! de buena gana hablaría Yo a muchas almas; pero el mundo hace tanto ruido en sus corazones, que mi voz no puede oírse. ¡Oh, si se apartasen algún tanto del mundo!»

•

El P. Álvarez temía perder de vista al Señor y pronto se retiraba a orar aunque estuviese muy ocupado; pero el Señor le respondió, diciéndole: «Aunque no te tenga siempre conmigo, debe bastarte que me valga de ti para salvar a los hombres.»

•

El amor de Dios Nuestro Señor se aumenta con la presencia de Dios, porque, según San Ligorio, el amor se aumenta con la presencia del objeto amado.

*

Los negocios se deben tratar con cuidado y diligencia, pero sin solicitud ni congoja, como el niño que con una mano está asido a su padre y con la otra coge fresas. Así conviene estar asido de Dios. Y cuando los negocios no son tan fuertes, fijar la atención en el cielo o en Dios, como los marineros se fijan más en el cielo que en el agua para llegar al puerto.

*

* No se haga cosa alguna con precipitación, pues ella es peste de la devoción.

*

Hay que proveerse, antes de salir a la calle, de alguna doctrina provechosa, la cual puedas proponer, si te conviene hablar.

SOBRE LA PUREZA DE INTENCIÓN

* Todas las acciones practicadas por dar gusto a Dios son actos de amor divino. Así que la buena intención es una alquimia, por medio de la cual el hierro se convierte en oro.

*

El que no obra ni trabaja sino por la gloria de Dios, no se conturba, aun cuando la cosa no tenga éxito, pues, habiendo obrado con la recta intención de agradar a Dios, ha logrado ya el fin que deseaba.

*

Es necesario vivir en la simplicidad cristiana, no haciendo ni del loco ni del sabio, no obrando por ser alabado ni por ser despreciado, sino por servir a Nuestro Señor simple y fielmente.

SOBRE EL SILENCIO

Pedro Pectinario, terciario, recelábase de su lengua como de un mortal y fiero enemigo, y confesaba de sí que trabajó catorce años con especial cuidado en corregir sus deslices.

*

* Para hablar hemos de tener tanta dificultad, cuanta se suele tener para sacar el dinero de la bolsa para pagar.

*

Cosa es de notar cuán presto desaparece y se desvanece todo el jugo de la devoción en abriendo la boca para hablar, aunque sea de cosas buenas.

*

El espíritu de Dios es sutilísimo y se desvanece más por la lengua que por otros sentidos; y así, en una media hora de charla, hablando de cosas inútiles o no necesarias, se puede perder lo que se consiguió en un mes de oración continua.

*

Los santos Padres del Yermo acostumbraban decir: «Quien no sabe callar no sabe hacer oración, no sabe ser pobre, casto, ni obediente, ni humilde; porque el espíritu virtuoso de Dios ama el silencio.»

SOBRE LA OBEDIENCIA

Dios Nuestro Señor oye más pronto a un obediente que a diez mil desobedientes.

*

El gobierno religioso, a imitación del de Dios Nuestro Señor, debe ser: 1.º, suave y paternal y no tiránico; 2.º, eficaz y no pusilánime; 3.º, justo y no injusto; 4.º, ordenado al provecho ajeno y no a la comodidad propia.

*

* La voluntad de Dios da valor a las obras, y sin ella las mayores no valen nada.

*

Jesucristo permitió a Judas en el Colegio Apostólico para enseñar a los superiores a ejercitar la paciencia, la amabilidad y la caridad; pues agravan la carga y dan motivo para aumentar el mérito. Y también para darnos a entender que no han de faltar súbditos díscolos, sin culpa del que los gobierna.

*

Nuestro P. San Francisco en sus máximas dice: «Aunque yo os mandara cosa superior a vuestras fuerzas, la santa obediencia os fortalecería: ni traigas a consideración quién o cuál es el que lo manda, sino sólo que es el prelado. No aguardéis que se os reitere el precepto.»

*

La obediencia hace milagros.

SOBRE LA CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

* El progreso espiritual no consiste en gozar mucho del amor de Dios, sino en hacer su voluntad. La verdadera unión consiste en unir nuestra voluntad con la de Dios.

*

El Beato Juan de Avila decía que más estimaría levantar de la tierra una paja por voluntad de Dios, que convertir cien mundos por su propia voluntad; porque en levantar aquella paja se hallaría un bien incomprensible, que es el bien divino, y en la conversión de tantos mundos se hallaría sólo su voluntad y, por consiguiente, sólo un bien mezquino, cual es el bien de la criatura.

*

«Una negación de la propia voluntad vale más que fundar mil hospitales», dice un siervo de Dios.

*

El que se resuelve a servir a Dios Nuestro Señor, de cualquier modo que Él quiera, llegará tarde o temprano a la consecución de la perfección.

*

* A nosotros nos conviene trabajar con fidelidad, mas en cuanto a la abundancia de la mies, dejémoslo al cuidado del Señor.

SOBRE LA FE Y LA ESPERANZA

El Señor dijo a Santa Catalina de Sena: «Hija mía, piensa tú en Mí, que Yo pensaré en ti.» Y quería decir: «Piensa tú solamente en complacerme a Mí, y Yo tendré cuidado de que tú adelantes en las virtudes, de que salgas victoriosa de tus enemigos, de que vayas aumentando en la perfección y de que no te falte la recompensa de la gloria del cielo.»

*

Cuando alguno es elegido por Dios para cualquier estado, recibe las disposiciones, no solamente necesarias para él, sino también los dones que ha menester para sostener aquel puesto con decoro.

*

Las oraciones deben ser frecuentes, llenas de deseo y actual fe y confianza de que Dios nos socorrerá del mejor modo.

*

✱ Estoy ofrecido a Dios Nuestro Señor como una víctima; de consiguiente, puede disponer de mí como le plazca.

*

Me he persuadido de que Dios Nuestro Señor me favorece en gran manera, cada vez que me admite a ejercitar algún sagrado ministerio, por mínimo que sea. Tuve este sentimiento estando enfermo, día del Patrocinio de la Virgen María.

*

Tampoco se debe desanimar uno cuando falta; antes bien, nuestras imperfecciones nos deben servir de gradas para subir al cielo. Es necesario hacer como David, que cuando los enemigos le tomaban una ciudad: «Ea, decía, vamos a tomarles diez a ellos.»

*

✱ La más vil y rastrera de las tentaciones es el desaliento.

SOBRE LA MORTIFICACIÓN Y PACIENCIA

✱ Preguntado nuestro Padre San Francisco por un fraile de qué libro sacaría mayor provecho, le respondió: «Estudia en el libro de la Cruz.»

*

Nuestro Señor Jesucristo no tuvo en su vida un solo rato sin alguna pena.

*

La mortificación de una pasión, por pequeña que sea, vale más que muchos ayunos, abstinencias y disciplinas.

*

La voluntad propia y el amor propio son las dos fuentes de nuestras perturbaciones.

*

Los Santos han padecido muchas enfermedades, verbigracia, Santa Teresa, cuarenta años sin tener día en que no padeciese algún dolor.

*

Decía San Luis Gonzaga que la señal más cierta de ser del número de los escogidos era el persistir en el temor de Dios en medio de los desastres y de las tribulaciones de la vida.

San Gregorio dice que las sendas de los escogidos están circuídas de espinas. Así como se rodea de espinas la viña para guardarla, así Dios rodea de tribulaciones a sus siervos para que no tengan apego a las cosas de la tierra.

Santa Rosa, en un éxtasis sublime y singular, vió a Nuestro Señor distribuyendo, con una balanza formada de la Cruz, sus gracias y dones en proporción a las penalidades y sufrimientos; y le oyó decir que sin el peso de las tribulaciones no podrían conseguir gracias extraordinarias; que la Cruz es la única escalera verdadera del Paraíso, y que fuera de ella no se encontraba otro camino para subir al Cielo. Y por esto contaba los padecimientos entre los más señalados favores que Dios le había dispensado.

San Francisco de Sales a una enferma que se quejaba de no poder dedicarse a la oración, le dijo: «El sufrir los azotes de nuestro Salvador, no es menos bien que el meditarlos. Mejor es estar en la cruz de Jesucristo que mirarla solamente.»

Los gustos sensitivos se deben tomar como se toma el veneno, con cuidado, porque son veneno del espíritu.

* No hay leño que mejor fuego haga que la Santa Cruz.

•
Conviene no perder ocasión grande ni pequeña de vencer el amor propio y las pasiones, como si en cada una de las victorias estuviera toda la perfección.

•
Apareciéndose Jesucristo a la bienaventurada Varani, le dijo que los más grandes favores que concede a los que ama son: 1.º, no pecar; 2.º hacer el bien, y esto es ya más; 3.º, sufrir por su amor, y esto es el colmo de los favores.

•
Sería una gran dicha sufrir por toda nuestra vida todos los tormentos de los Mártires, para gozar por un instante el paraíso.

•
* El que abraza voluntariamente las cruces que Dios le envía no siente su peso.

•
La fiel sierva de Dios Victoria Angelini aseguraba que un día pasado en los sufrimientos era preferible a cien años consagrados a todos los demás ejercicios espirituales.

•
* Como todos los que navegan han de experimentar los trabajos de la navegación, así todos los que navegamos por este destierro, ricos, pobres, etc., todos debemos sufrir en este mundo.

El amor propio nunca muere sino con el cuerpo; esfuérzate, pues, a padecer siempre sus arremetimientos, mientras dura este destierro. Bástenos el no consentir voluntaria y deliberadamente.

SOBRE LA MODESTIA

Los varones apostólicos y religiosos por su ministerio y estado deben infundir devoción y santidad en los seglares, manteniendo su porte modesto y edificante.

Tus conversaciones con seglares sean pocas, cortas, santas y sencillas, y tu porte y tu semblante sea tal que por él conozcan que eres religioso, como conoció la Samaritana a Cristo que era el Mesías.

SOBRE LA HUMILDAD

Si no sois pequeño en la estimación de los hombres, jamás seréis grande en los ojos de Dios.

Los Santos desean que todo el mundo conozca sus defectos, para ser tenidos por tan miserables como lo son ante sus propios ojos: desean que sus virtudes sean conocidas sólo de Dios, a quien desean agradar únicamente.

Así como a la exaltación precede la humildad, así a la caída precede la soberbia.

* La perfección no es obra que se ha de fundar en mis fuerzas e industrias, sino en Jesucristo, que es piedra viva.

Entre los dones todos del Espíritu Santo que Cristo concedió y concede a sus siervos, el principal es vencerse a sí mismo y sufrir alegremente los oprobios, sólo por Dios y por su amor.

Es máxima indubitable que no todos los dones naturales o adquiridos, ni todas las gracias *gratias datas*, ni la inteligencia de las Divinas Escrituras, ni el haber servido a Dios por largo espacio de tiempo, ni estar acostumbrado y habituado en este santo ejercicio, basta para hacer su santa voluntad; si en cualquiera obra buena acepta a sus ojos que hubiésemos de hacer, y en cualquiera peligro que hubiésemos de evitar, y en cualquiera Cruz que hubiésemos de llevar según su santísima voluntad, no se hallase nuestro corazón asistido de una particular merced y gracia de Dios.

Desear que nos tengan en buen concepto es bueno si es necesario para la gloria de Dios y bien de las almas, como se desea la purga para conseguir la salud, pero en esto hay que ir con mucha cautela.

El humilde manifiesta sencillamente y sin ficción sus defectos naturales.

No es poca virtud ocultar las propias virtudes.

SOBRE EL CELO

Santa Teresa, habiendo visto en espíritu los tormentos del infierno, sacó dos consecuencias: 1.º, tener en poco los trabajos de esta vida; 2.º, celo de las almas, a fin de que no se condenen.

✱ Salva un alma y has hecho una cosa incomparablemente más preciosa que si hubieses adquirido todo el mundo con todos sus encantos. ¡Oh, si conocieras tú el valor de un alma, en qué celo te abrasarías de su salvación!

En la práctica de ayudar a las almas conviene: 1.º, no olvidarnos de nuestro aprovechamiento; 2.º, considerarnos ineptos para semejante empresa, porque el Señor elige para esto a los que se juzgan o tienen por débiles, enfermos en su estimación; 3.º, cuando nuestras industrias no producen el efecto que deseamos, no inquietarnos, imitando en esto a los Santos Ángeles, quienes, después de habernos hecho lo que deben y pueden, si los hombres confiados a ellos no se aprovechan, permanecen igualmente pacíficos y bienaventurados; 4.º ✱ pensar que el Señor nos premiará según hayamos trabajado.